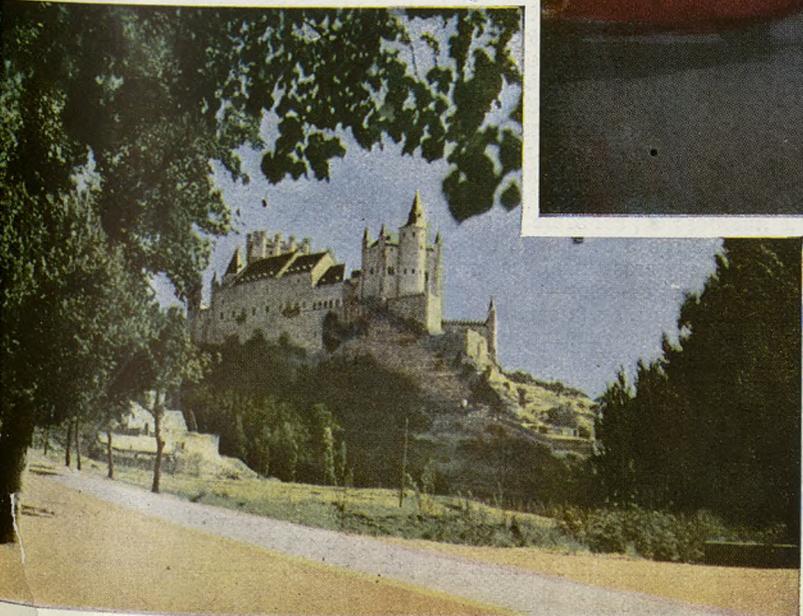


SE GO VIA

PLAZAS del Azoguejo, de Capuchinos, del Corpus; calles de la Muerte y la Vida, del Malconsejo, de los Desamparados; postigo del Consuelo, camino de la Piedad... Entre su tierra y sus piedras, entre sus rumores o su silencio, tiene un pausado latido el alma de Segovia. Otras ciudades, antiguas como ésta, como ésta ceñidas de historia, son sólo arqueología, recuerdo inmóvil, doliente sombra. Murieron al morir los días en que ellas brillaban con luces de poderío. Pero Segovia es mucho más que el espectáculo de una época distante. Es una emoción viva. Y todo en la ciudad—testimonio de viejas jornadas, de horas y laureles que se desvanecieron—posee aún, milagrosamente, alma. Un alma clara y tranquila, hecha de sosiego y de luz: la luz y el sosiego castellanos, ancha serenidad del espíritu.

En otras ciudades, el pensamiento se siente abrumado. Todo dice a nuestro paso la melancolía desoladora de un "sic transit". Las ruinas acosan a la sensibilidad. Cae como una losa sobre el espíritu el sentido dramático del tiempo. La angustia de las copias manriqueñas se enrosca, cordón de pesadumbres, al corazón del viajero. Mas en Segovia todo es claridad, sonrisa casi. No se siente aquel desgarrado sollozo de



Arriba: Vista parcial del acueducto romano.—Abajo: El Alcázar de la ciudad se recorta contra el cielo de Castilla.

otras ciudades, obstinadas en la imposible resurrección de una hora remota. Hay, sí, entre las piedras y la tierra, historia, leyenda, recuerdo... Sobre ello, sin embargo, aventando nostalgias, flotan aquel sosiego y aquella luz, alma, en definitiva, de una ciudad que no llora elegíacamente su pasado, sino que extrae de éste una lección de serenidad.

Este reposo sonriente de Segovia, este claro perfil, ¿nacien acaso del aire, transparente, sutilísimo, en que la ciudad recorta sus muros y sus torres? ¿Son obra del alto cielo azul que tutela el quehacer y el sueño del apiñado caserío? ¿Se deben al sol, que en estas cumbres cobra tonalidades de un oro hecho para besar mármoles antiguos? Compleja y huidiza la causa, vaga e inaprensible, su resultado es esta terminante claridad de Segovia, desvelo y ensueño de pintores. Por ella, las ruinas no son aquí motivo de lamentación dolorosa, ni los palacios albergan nostalgias, ni los monumentos se alzan como fantasmas sombríos. Por ella, el alma de



Arriba: Panorámica de la ciudad.
Abajo: Arco de la Fuencisla.



la ciudad sonríe desde la plaza del Azoguejo, desde la calle de la Muerte y la Vida, desde el camino de la Piedad.

* * *

Los restos de la arquitectura romana en España —Mérida, Itálica, Tarragona...— tienen siempre esa melancólica fisonomía de lo truncado, de lo roto, de lo herido y deshecho por el tiempo. Sólo en Segovia un monumento de Roma se nos aparece entero y vivo, sustancia entrañable de la ciudad, parte principal de ella misma. El Acueducto es el más viejo e impresionante testimonio de la histo-

ria segoviana. Asombra aun a los ojos y al espíritu más acostumbrados a la contemplación de estas huellas del tiempo antiguo. Asombra tanto por él mismo como por su situación, dominante sobre las casas que se apiñan a los pies de la fabulosa construcción, a uno y otro lado de la gigantesca columna vertebral. Junto a su parte más alta, en la plaza del Azoguejo, bulle y pasa lo más animado y popular de la vida segoviana. Esos enormes sillares sin argamasa, ¿cuántos gozos o cuántos duelos vieron pasar? Esos ciento cuarenta y ocho arcos fueron inmóviles pupilas que contemplaron el ir y venir de la palpitación ciudadana, los sueños, las rebeldías y los laureles de Segovia. No pudo Roma dejar, de su paso por España, más bella y perdurable impronta. "Es el megaterio de los monumentos, animal saurioso embarrancado para siempre entre dos colinas", escribió Ramón Gómez de la Serna. Y añadió el escritor después: "Entre piedra y piedra, en la uña de sus junturas, está el polvo de los siglos." Amaba Ramón profundamente esta colosal belleza antigua del Acueducto. La pluma del escritor multiplicaba sus ágiles juegos, sus agudezas de interpretación y de humor ante el monumento. "El primer día—escribió también—, cuando quedó, por fin, rematado el Acueducto y pasaron por él las pri-

meras aguas, que sabían como a botijo nuevo, el arquitecto, cuyo traje es una incógnita y si tenía la barba puntiaguda de los egipcios o el rostro rasurado de los romanos, miró su espléndida obra como si se pudiese desbaratar y caer. Al día siguiente la vió en toda su estabilidad de siglos."

El Acueducto habla de un mundo pagano; la Catedral, de un mundo cristiano; el Alcázar, de un mundo guerrero, palatino y caballeresco. Son las tres estampas clásicas en que Segovia apoya su universal prestigio de ciudad de arte y de historia. Señoreando la capital, en su parte más eminente, está la Catedral, de traza gótica, aunque el templo fuese empezado en los días del César Carlos, cuando ya el Renacimiento había penetrado en templos y mansiones de España. Aquella situación elevada y dominante ha hecho que el noble edificio sea repetidamente comparado a un navío. Así lo vió Waldo Frank, para quien la Catedral era "un barco en el mar de la ciudad, como la ciudad un barco en el mar de las colinas". Así lo vió, igualmente, nuestro Ortega y Gasset: "A la mano siniestra, allá lejos—escribió—, navega, entre trigos amarillos, la Catedral de Segovia, como un enorme transatlántico místico que anula con su corpulencia el resto del caserío. Tiene a estas horas color de aceituna, y por una ilusión óptica parece avanzar hendiendo las mieses con su ábside. Entre sus arbotantes se ven recortes de azul, como entre las jarcias y obenques de un navío."

Una Catedral anterior estuvo en sitio distinto, en la explanada del Alcázar. Las luchas comuneras la destruyeron. Algo de ella, sin embargo, quedó en el nuevo templo, el construido en tiempos del Emperador: el claustro, que su arquitecto, Juan Campero, hizo trasladar, piedra a piedra, al nuevo emplazamiento, sin otra modificación que la de construir un poco más altas las bóvedas. En la actual Catedral se juntan—difícil acuerdo—la fuerza y la gracia, la grandiosidad y la esbeltez. Es maciza y es airosa a un mismo tiempo. Da la sensación de tener hondamente adentradas sus raíces de piedra en la tierra, y, a la vez, eleva su torre al cielo con encendida ansia, en un visible afán de ganar alturas y glorias. Y, además, el color, ese cambiante, indefinible, maravilloso color de la Catedral de Segovia, desvelo de pintores, dulce tortura de pinceles. Van recogiendo aquellas piedras todo el distinto prodigio luminoso del sol sobre la ciudad a las varias horas del día. Y así, los muros catedralicios son de oro o de marfil, rojizos, violetas, grises. Hasta que la noche llega y una envoltura de sombras unánimes arropa la ciudad. Pero entonces es la luna la que hace argentados juegos de color—del blanco al azul—sobre la Catedral, ahora oración pálida en vuelo hacia Dios, en la serenidad de la noche castellana.

La Catedral es lo religioso; el Alcázar, lo caballeresco y lo palatino. Aquélla, la plegería; éste, la charla de política, el discreto, el madrigal. En el Alcázar nacieron reyes y príncipes. Allí conversaron letrados y embajadores. Fiestas, torneos, galanterías tuvieron por escenario las salas o los patios del Alcázar. De allí salió un día Isabel de Castilla para ser proclamada reina en la plaza Mayor de la ciudad. No importa que los destinos y el incendio posteriores hayan desfigurado la primitiva traza. El Alcázar continúa teniendo un alma caballeresca, palatina y heroica. Su espíritu es aún—salas de los Reyes, de las Piñas, del Cordón...—el de los viejos días.

Pero este tríptico clásico—el Alcázar, la Catedral y el Acueducto—en que se apoya más popularmente la universalidad de Segovia no define de un modo completo la fisonomía de la capital. Esta es más, mucho más. Es, por ejemplo, el magistral alarde de



Arriba: El Alcázar, coronado de esbeltas torres.—Abajo: Un torreón del mismo Alcázar.

sus templos románicos, tan puros, tan bellos y, dentro de la natural línea común, tan varios; los hay desde los últimos años del siglo XI hasta los primeros del XIII. Estos templos son los de San Martín, San Andrés, el Salvador, la Trinidad, San Justo, San Lorenzo, San Juan de los Caballeros, San Millán, San Clemente, San Esteban...

De todos ellos, el más antiguo es, posiblemente, San Martín, que alza su severa belleza románica en el corazón de la ciudad, en el camino que baja desde la Plaza Mayor al Azoguejo. Otra de aquellas iglesias, la de San Juan de los Caballeros, es ahora estudio y taller de cerámica: en ella trabajó el insigne Daniel Zuloaga, y sus hijos continúan hoy la labor que aquel ceramista creó entre los muros seculares del viejo templo románico.

Palacios y casonas completan el valor arquitectónico de la ciudad. Todo ello forma un conjunto que por sí mismo, contemplado panorámicamente desde cualquier punto de mira, sorprende con la fuerza de lo excepcional. Mas con todo esto, en definitiva, es materia: piedra, tierra, tangibles, visibles. Y Segovia tiene, al lado de ello, una enorme vibración espiritual. En su aire resuenan, inefables, voces extinguidas ya. Guarda la ciudad ecos de palabras y de sombras. He aquí la tumba de San Juan de la Cruz, el frailecico que soñaba desposorios angélicos del Alma con Dios. Junto a esta peña, al pie de esta cruz, se cuenta que descansaba, cuando subía desde el convento a la capital. Este otro templo fué fundado por Teresa de Jesús, y en una de sus celdas se dice que la Santa escribió sus "Moradas". Aquí, junto a esta cruz, llegó un día Vicente Ferrer y habló a los hombres y a las mujeres de Segovia: venía de tierras de Levante a tierras de Castilla, y su palabra puso sobre el páramo vehemencias nuevas, apasionados fuegos mediterráneos.

Mas, en nuestro tiempo, las piedras y la tierra de Segovia recogieron otra sombra insigne: la de Antonio Machado, que aquí vivió horas de meditación y de recuerdo, nostalgias y melancolías de hombre solo. Vivía en la calle de los Desamparados, y desde ella iba a su clase de Francés en el Instituto; subía a la Plaza Mayor, bajaba luego por la calle Real, dejaba atrás el templo de San Martín, llegaba al Azoguejo... Después, por la calle de Angelete, junto al Acueducto, al Instituto. "Una tarde parda y fría—de invierno. Los colegiales—estudian. Monotonía—de la lluvia en los cristales." Infatigable lector, iba siempre cargado de libros, en las manos, en los bolsillos. Alguien con quien se detenía un momento, o algún compañero en la tertulia del café, le elogiaba uno de aquellos volúmenes. Don Antonio se lo regalaba entonces. Hasta tal punto era generoso en ello, que a veces regresaba a casa—su modesto cuarto en la calle de los Desamparados—sin ninguno de los libros con que había salido.

Versos de Teresa, de San Juan, de don Antonio. Piedras romanas del Acueducto, cristianas piedras de la Catedral. Conventos, casonas, restos de murallas, El Alcázar, las calles pinas y sinuosas, la leyenda. Y la luz, matizándolo todo, suavizándolo todo, alegrándolo todo. Tan ligada al ayer, no es, sin embargo, Segovia—y en ello opera este embrijo de luz—, ciudad de nostalgias, de esas nostalgias que en otras capitales se hacen llanto.